

La ciudad parecía tan ahí, tan cercana:
bastaría con tocarlas para que las vetustas
puertas de los suspiros en el polvo cayeran.
Pero los sueños muerden como el vino
y en esa guerra ciega de una sola batalla
(¡una eterna batalla que nunca se movía!),
el río de las horas que trabaja fluído
fue engendrado otra guerra paralela: el hastío.
Los héroes y sus potros lo sabían:
el polvo y el calor de este verano
serían en pocas lunas el fango del otoño,
y esos lodos la nieve del invierno y la nieve
el germen de otra amarga primavera.
Aquiles extrañaba las campanas de antaño:
la marcha interminable, la sed, el despiadado
azucar en las tardes a esos hombres
curtidos en la guerra de montaña
que apenas si avanzaban con los pies doloridos,
que añoraban el mar, que se alegraban
de hallar panales, nueces, pequeños cursos de agua.
Su astillada soberbia padecía
ante la sobrehumana resistencia
de la ciudad de Príamo, y su vesania
(¡iese rencor que somos!) descansaba evocando
la antiquísima gruta de más allá del río,
las ciegas bocatomas del infierno, la Estigia.
Así era el hosco rey: espada en mano
y absoluta (¡absoluta!) lucidez de objetivos.
Anárquico, brutal, impredecible,
arrogante, zafado, generoso:
a ráfagas y pausas su alma fiera
(tú nuestro sol en la batalla fuiste,
tú lúdico y fatal, tú Aquiles eras)
mixturaba el furor y la ternura.



Una noche nos dijo: "De niño les tenía
más miedo a las arañas que a la muerte,
pero aquí, solo y ebrio, me deleito en la epeira
que baja del almendro por esa sogá blanca.
Mírenme bien: Aquiles, el hijo de la estrella,
etnarca de las islas y señor del Egeo,
lleva en su ser las voces, el olor, la mirada,
casi que la ceniza de los troyanos muertos.
Yo que vi desde un rojo peñasco de Sicilia
(ahí crece el jazmín y el horizonte
se ofrece a nuestros ojos infinito)
ese sol maravilla, la campana del mundo,
ya no tengo ni patria, ni la sombra de un reino.
Todo fue para nada. ¿De qué me serviría
macerar mi memoria, quemar un lirio negro,
ahorcar al mensajero que trae malas noticias?
A pesar de haber sido príncipe ante los dioses,
mañana en estas dunas moriré como un perro.
No sabemos (y es acaso mejor que no sepamos)
qué anuncia esa Presencia que trasiega las brumas.
¿Quién en Grecia pregunta todavía
por la suerte de tanto desterrado?
Aquí, solo, borracho por el zumo del dátil,
maldigo entre gemidos esa sabiduría
que florece y que aroma pero que no da frutos.
Maldita seas, maldita, patria que así te olvidas
de quienes en las noches hambrientas añoramos
esas mieles silvestres, esos panales viejos
que el oso gris se come con todo y sus gusanos.
Malditos sean tu nombre, tu ayer, tus malos sueños,
y maldita sea Helena, la madre del destierro".

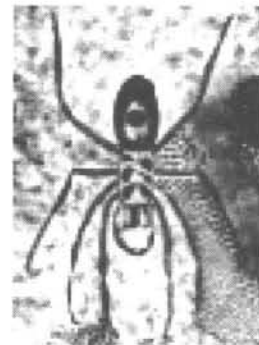
.....



Pero si hay un recuerdo que quisiera
borrar de mi memoria, sepultarlo,
y después de enterrado relegarlo al olvido,
son esas noches densas de fervor y de anhelo:
el viento que mataba los toros se venía,
una pálida luna cubría de cera muerta
las ya de por sí fúnebres hojas de los granados,
mis íntimos temores brotaban (ieran llagas!)
y Circe, la del depravado encanto,
como esas lianas grises que atrapan la neblina
(en aquellas opacas madrugadas
en que estuvimos, Circe, tan juntos y tan solos,
supe que desde niña ya tenías
un fulgor mortecino en la mirada),
conjuraba las voces y los presentimientos
y en sus dedos febriles (esos largos
dedos que recordaban las patas de una araña),
luchaba el erizado jazmín de mi desdicha:
no brotó en lo profundo del Erebo una rosa
de arraigos tan amargos en la melancolía.
“Esta es la noche blanca, vívela en mi desvelo”.
Recuerdo tus palabras, Circe, mientras la luna
(ya es demasiada luna para una sola vida)
finge su laberinto de marfil amarillo.
Hay discordia en la casa del temor, hay un roble
–las lluvias le han dejado las raíces al viento–
muriendo con las horas, la luz y los inviernos.
Teje, Circe, desteje, urde, trama, hila el hilo,
dedícale a tu sueño lo que queda del día
que ya vienen errantes las tinieblas de afuera.
Distante, silencioso, casi ausente,
como un rey que reprime la plebeya ternura,
en las noches irreales del solsticio de invierno,
mi corazón a medio latido de la muerte
sentía fugarse el alma (iy era un humo violeta!)



y pensaba en Aquiles cuando jura venganza
y viste la armadura que fabricara Hefesto
y se ciñe la espada de bronce y ve a lo lejos
(en la pálida aurora la ciudad no se oía)
las dentadas murallas de Troya, y maldiciendo
la máscara dorada de Agamenón, suspira,
y abraza el gran escudo semejante a la luna
(isus fieros resplandores llegaban hasta el éter!)
y se queda mirando las tropas que al unirse
formaban la figura de un águila en la arena,
y un relámpago blanco (¡la locura!) lo toca
y su propio caballo le predice la muerte.
Esa tarde lloraron por Héctor las troyanas.
Odio tu nombre Circe, tu reino de neblina
("cierra la puerta y deja todo ese sol afuera",
dijiste una mañana del tiempo de las uvas),
pero se acerca el día y más y más la hora
de incinerar tu rastro, tu olor, tu plenilunio:
el aire que respiras se lo daré a las brasas
y tus ojos dorados a unas vastas hogueras.
Hay en el centro de mi vida un lago
al que nunca llegaron ni la luz ni los sueños:
ahí late el profundo corazón de la sombra
y la quietud del agua tiene un sabor a espera
y en noches de abandono mis diferentes almas
(la pena, casi siempre, se refugia en lo umbrío)
buscan los hontanares del abismo, las fuentes,
la nada que se siente venir desde las olas.
Eso es lo misterioso: sé gobernar un reino,
sé manejar los remos, sé ganar una guerra,
pero no sé quien soy. Todo fue inútil:
las aventuras de una desilusión, el viaje,
las naves a sus brisas de sol abandonadas.
Esto es antiguo para mi: he bebido
mosto de viñas sin podar, sudores,
zumos que tienen ciertos privilegios de olvido.



Señas de un embaucador*

Germán Gaviria
Egresado del Taller de Escritores
Universidad Central

—¿VISTE JUGAR A PELÉ? Claro, me refiero al partido que pasaron anoche por cable, aunque también en vídeo se consigue. Pelé era un demonio. Qué piernas, Dios. Basta un movimiento para que todos te admiren y aplaudan, ni siquiera tienes que hacer un gol. En el fútbol verdadero todo se define con un gesto. No por lo que vi hoy, y no lo digo por tí. A ustedes les fue bien en el partido, sí; ya hablaremos de eso. Estoy seguro que Pelé...

Carlos habló de Pelé como si uno pudiera verlo el próximo domingo en el estadio. No le cabía duda que yo había visto los vídeos y estaba de acuerdo con lo que decía. Desde que lo descubrí en la entrada del camerino sentí que se me revolvía el estómago. Ya no podría deshacerme de él con facilidad. El guardia lo obligó a apagar sus cigarrillos dos veces. Llevaba una bufanda de lana café, una gorra y un saco negro.

Hacía un calor infernal y todos sudábamos como animales, menos él. Sonrió de medio lado, escudriñando entre los hombres medios desnudos, con una fijeza desagradable.

Me hizo una seña y sentí vergüenza que los demás me vieran. A nadie le gustaba los extraños allí. Así que me vestí rápido, agarré mi maletín lleno de ropa sucia y salí arrepentido de haber aceptado la cita.

Sus gafas gruesas y sus mejillas sin afeitar me hicieron pensar que lo conocía de otra parte. Pensé que al llegar al apartamento llamaría a mi madre. Hacía más de un mes que no sabía de ella, y que, como siempre,

habría grabado el partido que yo acabada de jugar.

Nos mezclamos con la multitud y enseguida estuvimos fuera del estadio. Estaba cansado y deseé tomar un taxi, pero él quería caminar. Sería una conversación breve, lo que durara el trayecto hasta mi apartamento. Me fastidió la idea, pero estuve de acuerdo. En ese momento no me pregunté cómo sabía dónde vivía. Yo anhelaba una ducha helada, buena comida y un poco de tele. Empezó a hablar de la facultad donde enseñaba, del sueldo ridículo, de la época en que fuera jugador profesional y de cómo le gustaría volver a la cancha, de los ahorros que haría si fuera joven. Lo escuché un rato. Cuando apuraba el paso evitando su cigarrillo, él aminoraba la marcha y el viento me echaba el humo en la cara. Se detuvo frente a una tienda y silbando un chorro de humo, repitió:

—En el fútbol verdadero se define todo con un gesto



*Primer Premio del Décimo Concurso Nacional de Cuento para Trabajadores, Medellín, 2000.